

Para una etnogeografía de la cuenca media del Ebro

Juan Maluquer de Motes
In Memoriam

Guillermo Fatás*

ABSTRACT

Rome's lack of attention to the Pyrenees explains the absence of information concerning its western-central varied population. Iberian-speaking tribes predominated, such as the western Cerretani and Iacetani who in c. 200 B.C., occupied only their «saltus», or mountain pastures, extending their political hegemony under Rome's protection to the territories of the Iacetani, Cerretani, Celtic Suessetani and Celtiberians of the Ebro Valley. Other Iberian tribes of the Ebro Valley were Ilergavo, Ilergetes and Sedetani differentiated by Archaeology and the sources.

The Celtic populations included Suessetani, Berones and Celtiberians. According to the sources, the most easterly Celtiberians (Titi, Beli and Lusones) populated Jalón, Jiloca and Huerva, a distinction being made between Beli and Titi and the Arevaci, who were more hostile to Rome. The Lusones have been associated with Luzaga. They may have extended as far as Moncayo, an iron centre, but in the 3rd century B.C. they dispersed towards the East, perhaps displaced by the Belos.

The sources also allude to other tribes of no importance, like Navarros? and Cerindones? and Lobetani and Turboletes to the south of Teruel, of whom little more than their name is known.

RESUMEN

La falta de interés de Roma por el Pirineo explica las pocas noticias sobre su población. En la zona central vivían Iberos Cerretanos e Iacetanos y, en la occidental, los Vascones, que extendieron su hegemonía al amparo de Roma sobre Iacetanos, Cerretanos, Suessetanos y Celtíberos del Valle del Ebro.

En éste, las poblaciones ibéricas eran Ilergavones, Ilergetes y Sedetanos y las célticas, al oeste de Zaragoza, Suessetanos, Berones y Celtíberos citeriores (Titos, Belos y Lusones), que poblarían Jalón, Jiloca y Huerva. Otros pueblos de menor importancia eran ¿Navarros?, ¿Cerindones?, Lobetanos y Turboletas, éstos al sur de Teruel.

INTRODUCCION**

La tardía atención de Roma al Pirineo y su errónea noción del mismo explican que no tengamos detalle de sus pobladores centro-occidentales. Frente a la opinión común, la población del Pirineo fue variada política y lingüísticamente (p. ej., Zonaras VIII, 21). Predominaron pueblos de habla propiamente ibérica (entre ellos, los cerretanos occidentales, deducibles a la lectura combinada de los clásicos y de las fuentes musulmanas para los siglos VIII y IX). Los iacetanos no fueron vascones y éstos ocuparían, en el 200 a. C., únicamente su «saltus», extendiendo luego su hegemonía política, al amparo de Roma, sobre territorios de iacetanos, cerretanos, celtas suessetanos (de Cinco Villas) y celtíberos del Valle.

Otros pueblos ibéricos fueron ilerlavones, ilergetes y sedetanos. Los dos primeros tenían su centro de gravedad en torno a Dertosa e Ildirda y el Bajo Urgel, respectivamente. Los sedetanos tenían núcleos en los valles del Martín y del Guadaloque, hasta las inmediaciones de Celse (acaso arrebatada, en el paso del siglo III al II por los ilergetes, que avanzaron a poniente). Son citados por Plinio («regio Sedetania») y Livio los pone en vecindad de suessetanos e ilergetes, principalmente. Como dice M. Beltrán, la apreciación de los antiguos sobre las diferencias entre edetanos, sedetanos, ilergetes e ilerlavones se ve arqueológicamente corroborada.

Las poblaciones célticas incluyen a los suessetanos (belgas), berones (con centro en Vareia y fronteras con várdulos, vascones, autrigones, pelendones, turmogos y, acaso, cántabros coniscos) y celtíberos. Casi nada dicen los clásicos sobre los llamados celtíberos citeriores (titos, belos y lusones). Pueblan Jalón, Jiloca y Huerva. Su presencia parece muy antigua.

* Universidad de Zaragoza.

** Las presentes notas son un «regestum» de trabajos recientes del autor, escritos en los dos últimos años. Pide disculpas por ello, pero no está en condiciones de aportar nada nuevo en tan poco tiempo como transcurrió desde que vieron la luz esos modestos escritos. No se presenta aquí, pues, otra cosa que las conclusiones a que llegó en sus anteriores trabajos recientes y, en atención al ruego del Prof. Almagro Gorbea, que ha emprendido, con ánimo y competencia merecedores del reconocimiento general, la tarea de esta puesta en común de saberes. Se trata de Apunt sobre els ilergetes i llurs terres occidentals, editado por *Fonaments* 6, Barcelona, 1987, 11-22; de Notas sobre el territorio vascón en la Antigüedad, *Veleia* 2-3, Vitoria, 1987, 383-397, de Los vascones y su territorio e Iberos y celtas de la cuenca media del Ebro, ambos en la *Historia de España*. 2. *Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a. C.)*, de Editorial Gredos, Madrid, 1989, págs. 377-427; y de El control del Pirineo por Roma, ponencia presentada en septiembre de 1989 al *V Coloquio Internacional de lenguas y Culturas Paleohispánicas*, celebrado en Colonia (en prensa). Otra advertencia me parece preciso hacer: un buen método para desarrollar esta materia que se me encarga debe partir de un análisis basado en la arqueología, en la interpretación de las tramas territoriales, de su organización articulada, de los núcleos urbanos y de su jerarquización, etc. Junto a ello, las fuentes escritas y las tipologías de los objetos. No estamos (al menos, no yo) en condiciones de proceder según ese método, que es el más correcto, salvo muy limitadamente. Por ello, centraré mis líneas, antes que nada, en las fuentes escritas, sin intentar remontarme mucho hacia atrás. De intento omito las más antiguas (Hecateo, en Esteban de Bizancio, y el periplo que empleó Avieno, sobre todo. Los misgetes, ilerlavones, eisdetes, beribraces, etc., caen lejos de mi alcance, ahora), ya que debo hablar sobre tiempos más recientes y nada ha colmado, todavía, suficientemente el vacío que media entre nuestras informaciones de los siglos VI y V y las que nos son accesibles, referidas a sucesos peninsulares a partir de finales del siglo III.

Belos y titos aparecen asociados (diferenciados de los arévacos, frente a quienes Roma es más hostil). El nombre de los belos recuerda al de los belovacos. Floro dice que tenían relación especial con los arevacos. Pudieron pertenecerles Arcobriga (Monreal de Ariza) y Nertobriga (Calatorao, que no es imposible fuera de los titos, como Centobriga). La capital bela fue Segeda y suya Bilbilis. No sabemos si tiene relación íntima con los belos el grupo 'belaisco', en Beligiom y Botorríta.

Los lusones se han relacionado con Luzaga. Pudieron cubrir gran extensión, que pudo llegar al Moncayo, centro del hierro, con Bursau, Turiasu, Caraues y Alaun. En el siglo III está claro su celtiberismo que se diluye hacia el este. Acaso fueron arrinconados por la expansividad de los belos.

Roma conquistó inmediatamente la cinta del río Ebro, que al oeste de Zaragoza era celtibérica, y estableció una frontera interior en Celtiberia. Ello fue clave para la etnogeografía de la zona. No hubo, por eso, información en las fuentes que permita detallar el poblamiento de la cinta del Ebro. Donde la guerra subsistió, la información es mayor. En la Celtiberia romana (la «tercera Celtiberia», junto a las llamadas Citerior y Ulterior) se atestiguan levas para Roma desde 179. En el año 146, belos y titos aportan cinco mil combatientes a Didio. Mario empleó «auxilia» celtibéricos contra los lusitanos y las unidades imperiales apenas registran etnónimos de la zona (frente a lo que pasa con vascones o cántabros y ástures): sólo constan de un ala arevaca y una cohorte «de celtiberos» (en la que pudo haber arevacos también, ya que no se llama de belos, titos o lusones. Estos últimos habrían dejado hacia mucho tiempo de ser «peregrini»).

En las fuentes se alude a pueblos sin relevancia. Livio los llama poco notorios (¿navarros, cerindones?). De otros próximos (sur de Teruel) apenas sabemos el nombre: lobetanos y turboletas (puede ser suyo el santuario de Peñalba de Villastar).

SOBRE EL PIRINEO. Para recomponer la situación de los pueblos prerromanos en el vasto ámbito pirenaico (labor hartamente ardua) hay que tener muy presentes las extraordinarias dificultades que presentan las, además, muy escasas fuentes sobre el asunto. Es sorprendente que ni los estudiosos españoles ni los franceses hayan acometido todavía el estudio del Pirineo de época antigua entendido como un conjunto. Por esa causa, aunque a menudo sólo nos conducirá a argumentos 'ex silentio', no nos parece ocioso dedicarle unos párrafos que intenten explicar nuestra paupérrima información corográfica sobre un territorio tan vasto.

La percepción clásica de la cordillera fue, desde el punto de vista geográfico, extraordinariamente defectuosa, induciendo a errores añadidos a los tratadistas. Ese error fue de magnitud y, por otra parte, duradero, persistente. Lo cual, unido al escaso interés intrínseco que la cadena montañosa ofrecía a la administración romana (causa añadida para que el desconocimiento persistiera), supuso la marginación de la región montañosa en los grandes planes romanos de conquista.

En efecto, jamás hubo lo que pudiera denominarse un plan romano de actuación en los Pirineos, tanto galos como hispanos. Los Pirineos centrales y occidentales, por un lado, y las costas atlánticas de la Aquitania propia y del País Vasco español, por otro, fueron entendidos como los dos catetos de un triángulo rectángulo defectuosamente orientado y cuya hipotenusa uniera el Finisterre con Ampurias, aproximadamente. Las actuaciones romanas sobre las tierras altas pirenaicas fueron raras, esporádicas y ocasionales y llevadas a cabo a lo largo de un vasto período de tiempo. Tuvieron, siempre, carácter complementario para redondear o ultimar acciones de mayor alcance y convergencia llevadas a cabo sobre zonas no pirenaicas. Y, además, no es perceptible ninguna coordinación entre las actuaciones romanas en la vertiente gala y en la vertiente hispana. Por ello, el conocimiento geográfico de los Pirineos por Roma fue tardío, incompleto y seriamente defectuoso. De tal modo que no poseemos, por ejemplo, ningún dato sólido y positivo que nos permita situar con seguridad a pueblos enteros, como los andosinos y los arenosios o aienosios (a los que, por sola causa de homofonía, suele emplazarse en Andorra y en Arán, respectivamente).

Nuestras fuentes comienzan a tener algún valor para épocas muy avanzadas. Las acciones romanas empiezan a desarrollarse con una cierta regularidad en el área no antes del 78-77 a. C. y la integración definitiva del perímetro —no de la región— pirenaico en los territorios dominados por la República se produce en fecha tan tardía como la que corresponde a Pompeyo Magno. En efecto, Pompeyo funda *Lugdunum Convenarum*, en la vertiente gala, y suscribe un importante pacto con los vascones, el cual comportó el cambio de denominación de la capital de éstos (acaso Bengoda) a *Pompeilun-Pompelo*. Todo lo cual, empero, no supuso una integración del Pirineo ni un conocimiento directo del mismo por las legiones, sino la inclusión del territorio en el seno de los dominios del pueblo romano.

La muy mala presencia de lo romano y de los romanos en la región pirenaica se debe, entre otras cosas, a la falta de comunicaciones en sentido longitudinal (al menos durante la República y los comienzos del Imperio). Pero ya se dijo que Roma no concibió nunca, en ese tiempo, a los Pirineos como un todo, como un conjunto regional con entidad propia. Fue, más bien, una barrera alta y engorrosa, de poco interés objetivo y apenas provista de recursos atractivos. Sólo ciertos grandes pasos montañosos presentaban utilidad, al poner en contacto ambas vertientes.

Prácticamente, no tenemos ningún detalle sobre los pobladores de las porciones pirenaicas orientales de Navarra y de Huesca y del alto territorio leridano. Algunos estudiosos recientes han propuesto, sobre débiles bases de carácter toponomástico (aparentemente muy expresivas y convincentes), suponer una población antigua y uniforme, predominantemente vascoide o vascoaquitana. Por el contrario, somos de la opinión de que los Pirineos meridionales estuvieron habitados por 'populi' pertenecientes lingüísticamente a una variedad de familias y, en buena medida, a la ibérica propiamente dicha (tales, los *Iacetani* y los *Cerretani*), tengan estos pueblos o no una cultura

material del tipo de la que los arqueólogos suelen llamar «ibérica».

Contra lo que a menudo se asegura, pues, a causa de confusiones entre enfoques historiográficos y antropológicos y de una mala comprensión de ciertos antiguos (con Estrabón a la cabeza), la población antigua del Pirineo fue muy variada. Sin duda alguna, al menos desde el punto de vista político y lingüístico, sobre lo cual las fuentes antiguas (alguna, con contundencia) son explícitas. Bastará, como muestra bastante decisiva, reproducir un parrafito de Zonaras (8, 21), muy poco manejado entre nosotros y que dice, respecto de los Pirineos (hablando de las campañas hispanas de Aníbal): τὸ γὰρ ὄρος τοῦτο ἔκ τῆς θαλάσσης τῆς ἡάλοι μὲν Βεβρύκων ὕστερον δὲ Ναρβωνησίων ἀρξάμενον ἔς τὴν ἔξω τὴν μεγάλην διατείνει πολλὰ μὲν ἔντὸς αὐτοῦ καὶ σύμμικτα εθνη ἔχων... οὔτε δὲ ὁμόφωνοι ἦσαν οὔτε κοινῆ ἐπολιτεύοντο. No eran, pues, los pirenaicos ni homófonos ni homopolíticos.

En los territorios del Pirineo y sus piedemontes hispanos se daba, pues, la coexistencia de las tres áreas lingüístico-culturales características de la cuenca media del Ebro: la indoeuropea (mayoritariamente céltica), la vasconica y la ibérica.

SOBRE VASCONES. Su solar, en tiempos de la llegada de los romanos, sería exclusivamente el del «saltus Vasconum»: la zona de somontano y montaña al norte de Pamplona y desde ésta. (La extensión máxima del «saltus Vasconum», según Peréx, pudo abarcar desde Canfranc hasta Cinco Villas de la Montaña, en Navarra y el Bidasoa. Los rasgos materiales corresponden a un modo de vida pastoril técnicamente de la Edad del Bronce). Es conocida la hipótesis verosímil de Tovar (con la que Untermann no está conforme) de que el nombre de los vascones deriva de un indoeuropeo «*bhar—», «alto». Como «barscunes» (ΙΒΜΟΝΕΣ) y «bascunes-bentian» (ΙΜΟΝΕΣ-ΩΝΨΗΝ) aparecen en las monedas de los siglos II y I a. C., empleando el signario ibérico (que tomarían de los pueblos célticos o ibéricos contiguos).

Es visible su pacifismo frente a Roma, que no los inquietó en su recóndito territorio, de escaso interés por no existir dominio romano sobre la Galia (cuya posesión sí hubiera hecho necesario el control del territorio vascón). Consta sin duda su decidida y amistosa colaboración con Pompeyo, a cuyo ejército albergaron y surtieron, frente a los exiliados sertorianos. El único caso seguro de clientelismo colectivo indígena fue, precisamente, el vascón, llevado al punto extremo de red denominar a su capital en honor de un general extranjero («Pompei-ilun») (ὡς ἄν Πομπηϊόπολις, como aclara Estrabón).

El triunfo del régimen senatorial en Hispania supuso para los vascones una victoria y la garantía de buena relación con los vencedores. Sólo desde entonces, en nuestra opinión, las fuentes asignan a los vascones más poblaciones y territorios mucho mayores, que ni se mencionan durante las guerras de conquista. Por ello es verosímil una expansión vascona que hubo de darse entre los siglos II a. y I d. C. y no de una vez, porque entre Estrabón y Ptolomeo se aprecian ciertos cambios.

Pero esta expansión tuvo carácter político, sobre todo. No es posible admitir un notable crecimiento demográfico ni olvidar, en lo cultural, la fuerte pujanza de las lenguas céltica e ibérica, e, inmediatamente —esto se omite a menudo— del latín mismo. Las zonas asignadas a los vascones por sus poderosos aliados estaban ya urbanizadas y es difícil pensar en una vasconización intensa de las mismas. La primera oportunidad para la expansión pudo darse en 184 a. C., a costa de los sussetanos.

Los vascones estuvieron, pues, finalmente centrados en Navarra y en la punta del triángulo zaragozano, con las Bardenas, así como en los valles riojanos de los ríos Cidacos y Alhama. Estos datos hay que referirlos al dominio propiamente político, en sentido parecido al que tendría decir —y no sería incorrecto— que se trataba de zonas romanas (que no es igual que romanizadas).

El silencio sobre los vascones puede interpretarse como ausencia de los mismos si se atiende al desarrollo general de la actividad romana de conquista. El objetivo prioritario para Roma, desde Catón, fueron las riberas del Ebro. Desde la llegada a ellas del cónsul del 195 nada se movió ni hizo en el Ebro sin que Roma misma lo promoviera. Hacia el 206-205 el control republicano llegaba hasta Celse y en el 195 sufrió una ampliación decisiva: las expediciones romanas llegaron desde el bajo Jalón hasta Jaca, se averiguó cuál era el origen del Ebro y dónde estaba su divisoria con el Duero. Se fundó Graccuris y se instalaron los Castra Aelia y Atiliana. Muchos de los episodios anejos a estas acciones se narran con detalle y es abundante la serie de etnónimos que se mencionan: iacetanos, sedetanos, suesetanos, ilergetes, etc. Los vascones no aparecen porque no están en esos lugares en tales momentos y ninguna ciudad del área (Calagurris, Segia, Alauona, entre otras) lleva nombre vascónico (como no lo lleva ningún componente del escuadrón saluitano reclutado en el 90 por Valerio Flacco y que se menciona en el Bronce de Áscoli).

Los vascones adquieren protagonismo histórico y aparecen en la «grande histoire» cuando el dispositivo sertoriano amenaza con aniquilar al ejército del Senado mandado por Pompeyo. Salvará éste la situación y podrá vencer luego a Sertorio por el oportuno refugio que los vascones le ofrecen en el invierno del 76-75, ocupadas Borja, Cascante, Alfaro y Calahorra (todas, de abolengo céltico y alguna de ellas con arqueología bien significativa) por los sertorianos y dominando el caudillo sabino las tierras hasta, al menos, el río Linares. El fracaso final del gran dispositivo sertoriano supuso el éxito definitivo para los vascones y el momento de su máxima expansión, prohijados por el Senado.

SOBRE IACETANOS Y CERRETANOS OCCIDENTALES. En el territorio pirenaico central y occidental estuvieron los iacetanos. Es un error hacerlos vascones, basada la argumentación en que Ptolomeo incluye a lakka entre las ciudades de los vascones. Quien haya leído la descripción que Estrabón hace del Pirineo no sostendrá tal cosa para los siglos II y comienzos del I a. C. (las fuentes de Estrabón, en este punto, han de remontarse al 100 a. C., más o

menos). No obstante ello, hay autores notables que insisten en esa interpretación. Es mejor que lean las fuentes completas sobre el asunto.

Respecto de los cerretanos, sostengo la alta probabilidad de que este pueblo ibérico (de lengua ibérica) ocupase desde muy antiguo y además de la Cerdeña una gran parte de los valles pirenaicos, no sé si con uno o varios nombres, y llegando, por poniente, hasta territorio altonavarro. Creo que puede resumirse toda argumentación en esta sucesión de fuentes significativas.

I. Estrabón, *Geogr.*, III 4 11: Συνοικεῖται δ' ὑπὸ πλείονων ἐθνῶν ἡ χώρα, γνωριωτάτου δὲ τοῦ τῶν Ἰακκητανῶν λεγομένου. Τοῦτο δ' ἀρξάμενον ἀπὸ τῆς παρωρείας τῆς κατὰ τὴν Πυρήνην εἰς τὰ πεδία πλατύνεται καὶ συνάπτει τοῖς περὶ Ἰλέρδαν καὶ Ὅσκαν χωρίοις, τοῖς τῶν Ἰλεργετῶν οὐ πολὺ ἄποθεν τοῦ Ἰβηρος. (...) Ὑπέρκειται δὲ τῆς Ἰακκητανίας πρὸς ἄρκτον τὸ τῶν Οὐασκῶνων ἔθνος, ἐν ᾧ πόλις Πομπέλων, ὡς ἂν Πομπηίοπολις. («La comarca está habitada por multitud de pueblos, de los que el más conocido es el de los iacetanos. Su territorio comienza al pie del Pirineo, se extiende hasta la zona de las llanuras y alcanza hasta las comarcas de Ilerda y Osca, que dependen de los ilergetes, ya no lejos del Ebro. [...] Más lejos y adentro de la Iacetania, hacia el norte, está el pueblo de los vascones, con la ciudad de Pompelo, esto es, Ciudad de Pompeyo»).

II. Estrabón, *Geogr.*, III 4 11: ...τὰ δὲ μέσα περιέχει καλῶς οἰκείσθαι δυναμένους ἀλλῶνας. Ἔχουσι δ' αὐτοὺς Κερρητανοὶ τὸ πλεόν, τοῦ ἰβηρικοῦ Φύλου... («El centro —del Pirineo— alberga valles muy apropiados para una excelente habitabilidad. Poseen su mayoría los cerretanos, de estirpe ibérica...»).

III. Plinio el Mayor, *Historia Natural*, III 4 21: Post eos quo dicitur ordine intus recedentes radice Pyrenaei Ausetani (Fitani), Iacetani perque Pyrenaeum Ceretani, dein Vascones. («Tras éstos —Iacetanos e indigetes, que se acaban de mencionar— y en el orden que se dice, hacia el interior, al pie del Pirineo, están los ausetanos, los iacetanos —o Iacetanos—, a lo largo del Pirineo los cerretanos y, luego, los vascones.»)

IV. Las menciones a los cerretanos (sarataniyyin, sirtaniyyun, Terre Certaine), contiguos a los vascones (baskunis), en fuentes andalusíes referidas a los siglos VIII y IX (Ibn Hayyán, en el *Muqtabis* o *Muqtabas*, h. 1050 sobre fuentes antiguas; y Al 'Udrí, en el *Tarsí*, h. 1060-1075, con textos anteriores) y en la *Chanson de Roland*.

SOBRE SUESETANOS. En cuanto a los suesetanos, las fuentes los sitúan lindantes con Iacetanos y sedetanos, de modo que no quedan muchos emplazamientos para situarlos correctamente, sobre todo sabiendo que no son un pueblo montañoso, sino del llano y asaltado regularmente por los vecinos del norte, a quienes Catón mismo castigará. Poco después (184) serán aniquilados políticamente y su capital (la única vez que se menciona su nombre aparece como

Corbionem, en acusativo) será tomada tras un asedio trabajoso de la legión. En defensa de su carácter céltico, muchas veces postulado por autores varios sobre argumentos diversos, puede añadirse el argumento del nombre de su capital u *oppidum* principal. En efecto, hay un Corbeil céltico cerca de Soissons, lugar histórico de los celtas susiones galo-belgas, de los que se derivarían los suesetanos de Iberia. Está en la cuenca del Marne y procede del antropónimo galo Corbus, siendo gala también su sufijación en '—ialo'. No es imposible que los suesetanos sean los autores de algunas denominaciones en '—dunum' como las de Berdún, Navardún, Gordún y aun de una Suesa en el valle de Echo (Aragüés del Puerto, Huesca) que documenta Pascual Madoz).

SOBRE IBEROS. En las tierras que van desde la desembocadura del río Gállego hasta las actuales fronteras de Aragón con Cataluña, las fuentes mencionan tres pueblos ibéricos: los ilerjavones, los ilergetes y los sedetanos. Los dos primeros, cuyo nombre y emplazamiento permiten emparentarlos con los más antiguos ileraugates, tenían su centro de gravedad política, a la altura del 200 a. C., en torno a Dertosa (Tortosa, acaso la $\text{N}\Lambda\Psi\Phi\zeta\zeta\text{N}$ - Ildirkesken de las monedas, en donde es posible hallar concomitancias con el nombre mismo de estas gentes) e $\text{N}\Lambda\Psi\Phi\chi$ (Ildirda, Lérida) y el Bajo Urgel, respectivamente. Los sedetanos, una de cuyas ciudades fronterizas por occidente fue Salduie, estaban en un territorio cuya mayor densidad de ocupación parece darse en los valles de los ríos Martín y Guadalupe, llegando hasta las inmediaciones de Celse (que acaso les fuera arrebatada, en el cambio de los siglos III al II por los ilergetes, que avanzaron a poniente) y, por el oeste, hasta la desembocadura del Huerva y del Jalón.

Los sedetanos son expresamente citados por Plinio, que habla de la «regio Sedetania», si bien los editores decimonónicos (a pesar de alguna advertencia de E. Hübner) rectificaron el término en Edetania. Tito Livio los cita con insistencia y siempre en contexto adecuado, a menudo en compañía o vecindad de una serie de pueblos que facilitan su ubicación correcta: sussesetanos e ilergetes, principalmente.

A falta de las novedades que deben esperarse de la apenas acometida investigación arqueológica del área (no hay ni un solo yacimiento seriamente excavado en Cinco Villas de Aragón. Ni tampoco se ha excavado sistemáticamente más «civitas» celtibérica de la zona que la pequeña Botorrita), puede, pues, asegurarse el carácter genéricamente ibérico de los sedetanos, tanto por la presencia de indicios como el citado rótulo monetario $\text{S}\epsilon\text{O}\text{N}\text{S}\epsilon\text{N}$ o de elementos de lengua ibérica (terminaciones características, como «— $\text{P}\Psi\text{N}$ », «—adin», en Azaila), cuanto por rasgos de cultura religiosa y de técnica artística (tales los recientes descubrimientos de escultura zoomorfa en la zona de Alcañiz) que emparentan a estas tierras con las de edetanos e ilerjavones, de las cuales recibieron, con algún retraso, la influencia principal, ya en los tiempos centrales de lo que Almagro Gorbea denomina «ibérico pleno» y en el que el horizonte arqueológico, tan significativo, de la presencia de cerámicas áticas importadas parece posterior al 400 a. C.

En las fuentes también se alude a pueblos que formaban parte más o menos importante de los contingentes propios o enemigos y a los que no se concede papel de relevancia; no son mencionados por su nombre, pero, sin duda, existieron. En muy gráfica expresión, Tito Livio los engloba bajo el genérico epíteto de «ignobiles» (es decir, poco notorios).

De algunos de ellos (hemos pensado alguna vez en unos hipotéticos pero verosímiles «Navarri», y en los supuestos cerindones de Livio, XCI) no sabemos nada. De otros de la zona o de áreas próximas (el sur de la actual provincia de Teruel), apenas el nombre. Tales, los lobetanos, que suelen ser situados en Albarraçín, y los turboletas, en la comarca de la capital turolense y, por indicios de otra clase (pues seguramente son de su ámbito las importantes inscripciones de Peñalba de Villastar), entre los pueblos de lengua indoeuropea. Nada sabemos del ámbito a que pudieran pertenecer poblaciones como la «civitas Sosinestana», de que habla el Bronce de Contrebia Belaisca, ni de si hubo muchas que, como ésta, han desaparecido sin dejar huella ninguna. En ellas sí se dice cómo fue motivo de burla para sus rivales políticos el que el padre de los Graco blasonara de haber tomado tres centenares de «ciudades» en Hispania. Número muy alto, también, es el de poblaciones a las que Catón contaba haber hecho demoler sus bastiones y amurallamientos de una sola vez. Es evidente que estos «oppida», sin alcanzar el rango de ciudades en la mayor parte de los casos, denotan una densidad de población relativamente alta (y muy acrecida desde el Bronce Final) en todo el área y, sobre todo, en las márgenes del Ebro y en los cursos bajos de sus afluentes (especialmente de los meridionales). Es, por lo tanto, arriesgado y difícil precisar mucho sobre áreas de dominio político de estas poblaciones.

(Reproducimos a continuación nuestro texto de las págs. 410-412 de la citada *Historia de España*, 2, Madrid, 1989, que, creemos, resume bien lo que se sabe ahora). *Recientemente, un sólido trabajo de M. Beltrán ha afrontado el riesgo de trazar un panorama arqueológico de esta amplia zona. Dentro de una gran prudencia y con un manejo exhaustivo de las informaciones disponibles, llega a conclusiones del mayor interés que, en general, corroboran muchas propuestas de asignación de espacios políticos y culturales que hacemos aquí. La iberización (empleo generalizado del hierro, torno cerámico, molino giratorio, signario y nueva poliorcética, entre otros factores que se dan conjuntamente) se ve con plenitud ya en el siglo V en los ríos Matarraña y Algas. Este cambio cultural implica una nueva delimitación de las tierras de cultivo, que genera asentamientos especializados y una jerarquización del espacio muy perceptible, de acuerdo con la cual los establecimientos urbanos centrales ejercen su control y dominio en un radio de entre 4 y 12 km. de alcance. Sobre tal red actuará, luego, (y no «ex novo») la administración romana.*

Desde estos puntos orientales de Aragón, de naturaleza ilerjavona, el proceso va subiendo por el valle. Da lugar a continuas alteraciones y aún está en marcha cuando adviene Roma, a finales del siglo III. Una ojeada sobre la situación preexistente (a menudo imprecisamente calificada como «posthallstática», en

término cómodo, más escasamente afortunado) muestra la existencia de abundante población desde el Bronce Final en los valles afluentes. El estudio arqueológico de sus emplazamientos permite caracterizarla como esencialmente ganadera, y sólo complementariamente agrícola. A partir del aflujo iberizador en el siglo V, algunas poblaciones desaparecen, ya por abandono, ya por destrucción; pero su función es ejercida por otros emplazamientos nuevos, cuyo control de acceso y áreas cultivables revela una mentalidad económica distinta.

La sustitución de emplazamientos se concentra en el territorio ilergete y en el sedetano (ríos Guadalupe, Martín, Regallo y Aguas Vivas), sin que se aprecie con igual intensidad Ebro arriba. Es decir: los territorios de la Ilergetia oriental y de la Sedetania de las fuentes clásicas empiezan, en este momento, a convertirse en ibéricos, desde un punto de vista arqueológico. Pueden establecerse ciertas soluciones de continuidad sobre las que, aunque muy prudentemente, cabe fundar, al menos en parte, la división entre pueblos que recogen los autores clásicos. Así, en frase de M. Beltrán, «el Matarraña parece haber sido ya entonces el límite de acceso de las importaciones de cerámicas fenicio-occidentales y de sus imitaciones». Añádase a eso la creación, en ese mismo río, de poblados fortificados en el siglo V (no menos de cinco), que refuerzan la sensación de la función fronteriza que parece desempeñó desde entonces. Tal sería el punto de máximo dominio de la rama meridional de los viejos ileravagates de Hecateo (esto es, de los ilerjavones).

El reflejo más próximo de estas nuevas influencias lo encuentra en la Arqueología, compactamente, en un territorio que coincide, cabalmente, con el que hace unos años atribuimos hipotéticamente a los sedetanos. Se delimita una región arqueológica en las cuencas fluviales mencionadas, con inicio a finales del siglo V.

El resto de la cuenca, aunque se matizó visiblemente de «iberismo» arqueológico, lo hizo menos intensamente y en fechas posteriores. Los territorios ya lindantes con Celtiberia (Justibol o Azaila, por ejemplo), en torno al 500, no muestran sino influencias aisladas. Pero en el siglo III la iberización parece renacer (aunque no sabemos explicar la causa) y recorre rápidamente su camino. Las poblaciones indoeuropeizadas o claramente dependientes de los Campos de Urnas (presentes al norte del Ebro desde el siglo VII, al menos) pasan a adquirir un tinte que, desde el punto de vista material, bien puede tildarse de «ilergete» o «sedetano». Desde estas nuevas áreas limitáneas se irradia, parece que por vías mercantiles nada más, a territorio celtibérico. No es difícil imaginar una amplia faja fronteriza, con mercados regulares en puntos concretos y con vías precisas, a lo que parecen apuntar hallazgos de materiales muy semejantes en yacimientos físicamente próximos, pero de área lingüística diferente (como Valdespartera y Botorrta, por ejemplo). Otros fósiles directores (como la cerámica roja ilergete, originaria del siglo III a. C.) parecen, por el contrario, quedar reservados a determinados ámbitos políticos o culturales durante largo tiempo.

A través de los estudios numismáticos, asimismo, puede corroborarse, de momento, lo dicho. La im-

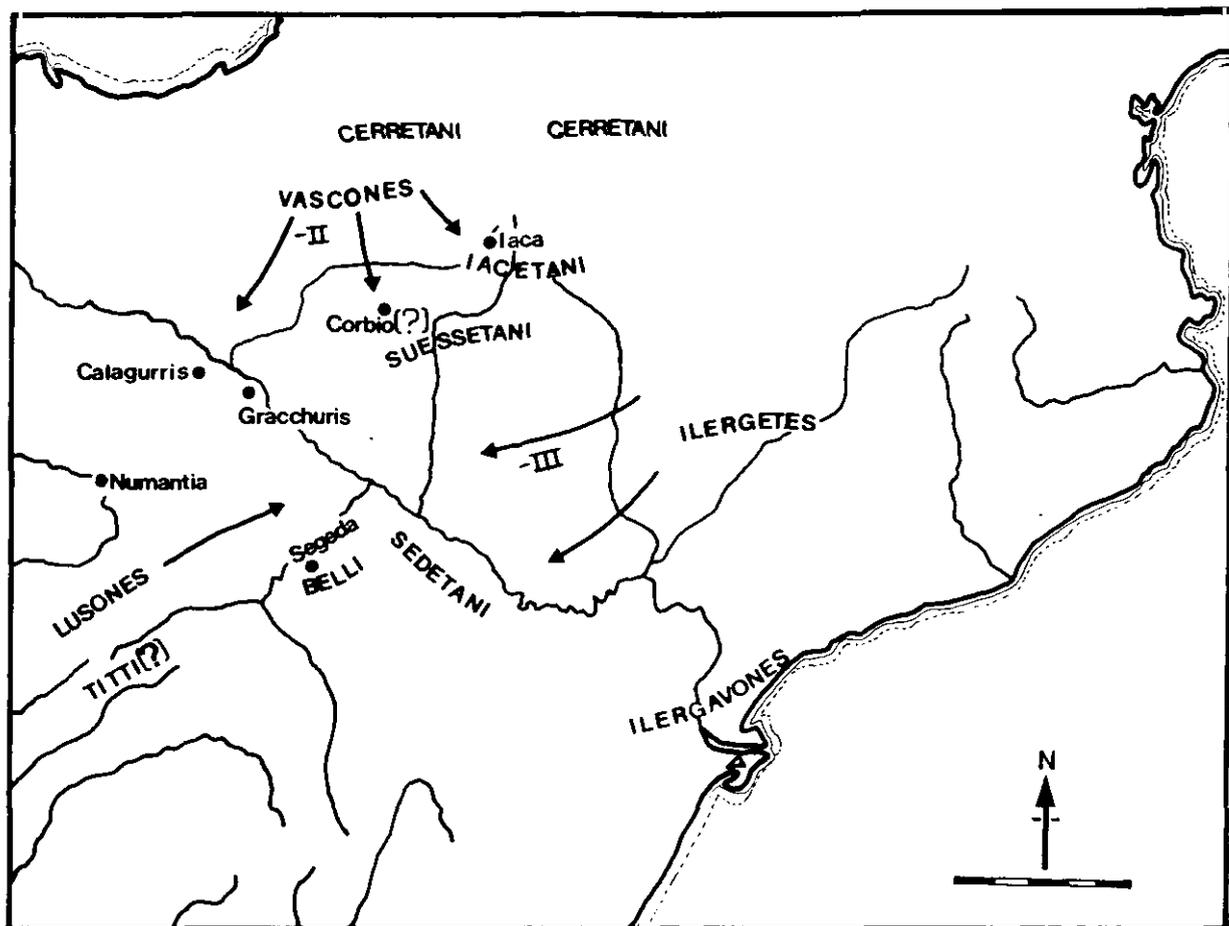


FIG. 1. Pueblos y ciudades del Valle Medio del Ebro.

plantación monetaria, bien estudiada por los Beltrán, Villaronga, Untermann y Domínguez Arranz, muestra un foco genético ilergete. La tipología de las monedas (y, en particular, el número de delfines que muestran, el cual oscila entre tres y uno) tiene una distribución perceptiblemente pautada y regular. Las series con tres delfines se concentran en las tierras ilergetes y sedetanas (en las que residen las cecas de KASE , PΦK , ΔΦΣ , ΣEΘNMEN , NAAΣNO , ΣPAΔNΦ , HΩOMEN , HAYHNΣ o sea, Celse, Arkedurgi, Sedeisken, Ildugoite, Salduie, Otobesken y Orosia) y emiten su influencia a la Celtiberia inmediata, hacia Beligiom y Bilbilis, especialmente desde los modelos sedetanos.

En suma: parece que la apreciación de los antiguos sobre las diferencias entre edetanos, sedetanos, ilergetes e ilergavones tiene una primera corroboración general desde la investigación arqueológica. Unos y otros datos combinados, más la constancia de que las tierras del Huerva, desde Contrebia Belaisca hacia el sur, eran de habla céltica, permiten proponer como bastante segura la asignación territorial que hemos hecho al comienzo de este capítulo para sedetanos e ilergetes, así como la dependencia cultural sedetana respecto del bloque de ascendencia ileraugate y la militar respecto de los ilergetes, la cual sólo Roma resolvería, en última instancia.

SOBRE CELTAS. Hay una cuestión sin resolver (aunque, a menudo, se da por resuelta). Si los celtíberos, como es moda decir, son los habitantes de la Céltica hispana, los celtas de Iberia, ¿por qué hay poblaciones célticas de Iberia que no son llamadas celtibéricas? No me refiero a conjuntos aislados o alejados de Celtiberia, como los bético-lusitanos, sino a pueblos claramente célticos, a los que los clásicos conocieron, inevitablemente, al mismo tiempo que a los celtíberos del Ebro, de quienes, además, hablaron con algún detalle y a quienes describieron, por si fuera poco, como llegados con migraciones célticas a su emplazamiento histórico definitivo (es, por ejemplo, el caso de los berones). Dicho de otro modo, ¿en qué consiste, precisamente, lo celtibérico? Solamente una aproximación solvente a esta cuestión permitirá ceñir con mayor exactitud que hasta ahora el alcance geográfico de lo celtibérico. Entre tanto, seguimos, a poco más o menos, obligados a enumerar lo ya sabido por las fuentes: discutir si los grandes pueblos celtibéricos eran cuatro o cinco y proponer la exclusión o inclusión en su nómina de olcades, lobetanos o turboletas. Tan sólo algún hallazgo concreto (los dos documentos botorritanos, por ejemplo) pueden significar una ayuda para el establecimiento de un confin concreto.

Entre el 700 y el 500 a. C., se asentaron en su solar riojano y alavés los celtas berones, cuyo nombre parece depender del étimo ber—<guer— (en galés actual, lanza; en latín dio «veru») y que guarda el actual nombre de Cameros («Camberos» en la Edad Media). No parecen verosímiles los criterios que los consideran gentes autóctonas recientemente celtizadas.

Estrabón asegura «tomaron parte en la migración céltica». Su ciudad principal era Varia o Vareia, en el Ebro, y el topónimo sigue vivo en las inmediaciones de Logroño. Para Ptolomeo, las comunidades beronas fueron Tritium Megallum, Oliba y Vareia. Acaso con esta última tenga relación directa la casa de $\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$ (Uaracos) y no es imposible que también sean berones los rótulos $\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$, $\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$ y $\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$ (Uarcas, Meduainum y T[e]itiacos, aunque el nombre de ésta puede esconder el de los celtíberos titos). Limitaban con várdulos, vascones, autrigones, peldonos y turmogos, siendo importante límite con estos tres últimos la Sierra de la Demanda. Cuenta Estrabón que fueron vecinos de los cántabros coniscos, aparente contradicción de detalle que, desde Sánchez Albornoz, se resuelve bien en función de ciertos corrimientos de pueblos sucedidos con ocasión de la guerra del 29 al 19 a. C.

La zona muestra un panorama arqueológico coherente (La Hoya, La Custodia, Libia y Cerro de San Miguel) y los inolvidables estudios de M. L. Albertos mostraron, asimismo, la homogeneidad en la antigua antroponimia de estos territorios, de modo que no es prudente negar su carácter acusadamente celta. En su día nos llamó la atención la presencia de potentes altares de 'terra sigillata', excavados por T. Garabito, en cuyos productos aparece profusamente el sello de un C. Segius Tritiensis, de 'nomen' bien explícito. Sería de extraordinario interés indagar qué contiene de plenamente céltico buena parte del repertorio decorativo de esos vasos, en los que se ven antropomorfos con cabeza de ciervo y lanza en la mano, etc., así como lo que creemos 'interpretationes Romanae' de otras figuraciones de dioses celtas.

Casi nada dicen los clásicos sobre lo que se conviene en llamar celtíberos citeriores (titos, belos y lusones) y, en lo poco que dicen, sus contradicciones. Son los pobladores de las tierras en torno a los ríos Jalón, Jiloca y Huerva. Por lo que se lleva encontrado de escritura propia en su territorio, se detecta bien que eran celtibéricos y algunos de sus rasgos de lengua empiezan a ser conocidos y estudiados a fondo (Tovar, Lejeune, Schmidt, Fleuriot, De Hoz, Villar, Untermann). Los textos de estos celtíberos, aun siendo tan pocos, forman hoy el 'corpus' más importante del celta antiguo continental de que se dispone. Schmidt cree que esta variedad del celta muestra un estadio más arcaico que el galo y el lepóntico (y menos que el irlandés). Lo cual puede significar —aunque no es conclusión forzosa— que su presencia sea muy antigua.

Los belos y los titos aparecen en los autores de la conquista regularmente asociados y diferenciados de los arévacos, frente a los cuales la República adopta una actitud notablemente más hostil. Sus étnicos son usualmente aceptados como celtas y el de los belos (probablemente de «*bhel—», 'brillante'; pero, también,

'sonar, hablar') recuerda al de los celtas belovacos de la Galia Bélgica. Floro, una fuente romana tardía, recogió que tenían cierta relación especial con los arévacos, de los que eran vecinos. Para M. Beltrán la situación de los belos es más meridional de lo que algunos admiten. Les pertenecería Arcobriga (Monreal de Ariza), en cuyo solar no hay barro campaniense, sino «sigillata» itálica; no se ha localizado su emplazamiento indígena (pudo ocurrirle como a Bilbilis, que varió su situación, por iniciativa romana, en el siglo I a. C., para sustituir a la vitanda Segeda en el control del área). También sería bela Nertobriga (probablemente, en Calatorao, de acuerdo con una recentísima propuesta de M. Medrano, bien apoyada), aunque no es imposible que fuera de los titos (como la cercana Centobriga, vencida por Metelo antes de que llegase a acuñar). Almagro Basch proponía enlazar el nombre de los lusones con el de Luzaga (en donde se halló un afamado bronce inscrito). Suyos son los bronces con $\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$ (Nertobis), de fines del siglo II a. C. Su capital fue Segeda, la más notable y antigua ceca del área $\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$ (Secaisa-com), en Belmonte, y suya Bilbilis ($\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$), heredera de Segeda tras el 133, y cambiada de lugar (de Valdeherrera a Bámbola) por los romanos, según propuso F. Burillo no hace mucho. No es sencillo resolver la ubicación de Munda (mencionada en las campañas de Graco), acaso en la ulterior.

La numismática del área abona los argumentos que defienden la existencia de un grupo celtibérico específico, al que podríamos denominar 'belaisco'. Hace años señalamos la abundancia del radical «bel—» en la zona. Nos llamó la atención no que existiesen en la Céltica citerior tres Contrebias, sino que dos de sus cognominaciones (Carbica o carpetana, como ya sugiriera Schulten, reducible a Villaviejos, y Belaisca o bela) pudieran ponerse en relación con sendos etnónimos. Sin prejuzgar, pues, que los belaiscos no sean los mismos que los belos o una de sus fracciones, ocupaban Beligiom (Azuara es un yacimiento probable para esta reducción). No es imposible identificar esta ceca con la Belgeda de Apiano, la cual, a su vez, pudo estar por Belchite (Belgit, en la Edad Media), cercano a Azuara. Hay, no obstante, quien prefiere pensarla en el valle del Jalón. Suya era, desde luego, la Contrebia Belaisca de Botorrita (que acuñó el rótulo $\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$), destruida finalmente en tiempos de Pompeyo y Sertorio. También, Herrera de los Navarros, así como todo el curso del Huerva, casi hasta su desembocadura.

Ya vimos que los lusones fueron relacionados con Luzaga. Nada se opone a adjudicarles una gran extensión, como a los arevacos (a quienes Burillo atribuyó hace no mucho Luzaga), la cual podría llegar al Moncayo, centro neurálgico del hierro. Allí están Bursau ($\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$), con materiales del siglo III a. C. sobre un nivel hallstático; Turiasu ($\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$); la Oruña, en Veruela, con predominio de vasos celtibéricos parecidos a los riojanos de Arnedo, Inestrillas (la frontera Contrebia Leucade arévaca) o Numancia, poca campaniense y espadas de La Tène, de principios de siglo II a. C. y con inicio en el siglo anterior, Ceraues ($\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$ —AA, en Magallón) y Alaun ($\uparrow\uparrow\uparrow\uparrow$). En términos generales, en el siglo III y desde una

perspectiva de cultura material, ya está claro el celtiberismo de muchos de estos lugares. El aspecto celtibérico se va perdiendo, hacia el este, en una línea que estará entre Caminreal e Hinojosa de Jarque (quizás $X\Upsilon PNN\uparrow$).

Bosch Gimpera tuvo la impresión de que los lusos tenían un fuerte grado de autoctonismo arqueológico, el cual los emparejaría un poco con sus casi homónimos lusitanos, de cuyo carácter arcaizante respecto de los celtiberos parece que no puede dudarse desde los saberes lingüísticos. Los belos, posteriores, habrían relegado a los lusos hacia el este y el norte, quedando Luzaga y Luzón en su poder. Taracena no vacilaba en alistarlos entre los pueblos celtas, a causa, entre otras cosas, de los topónimos en «—briga» (como Centobriga, Nertobriga y es posible que Mundobriga, la Munda de las fuentes clásicas). Pero este de los sufijos toponímicos y sus cronologías es asunto particularmente espinoso.

Resumiré mi opinión sobre un punto que me parece de interés extraordinario: las fuentes antiguas, debido al temprano y decidido control romano sobre la cinta del río Ebro, no incluyeron en Celtiberia la parte acaso más importante y rica de esta área: el Ebro mismo. La conquista fue muy rápida y eficaz. De modo que la Celtiberia de las fuentes aparece reducida a las tierras arévacas, por occidente, y a las de titos, belos y lusos (con el Moncayo, lo poblaron o no algunos de estos últimos tres pueblos), por otra. Las fuentes no dicen expresamente que el control del río fuese el principal objetivo legionario en el área; pero lo demuestran en sus relatos, si se toman éstos como un conjunto. A mi entender, no admite muchas dudas la cuestión y sólo queda clara si no se procede a una lectura troceada o fragmentaria de los testimonios (tan común entre nosotros). Las meditaciones de Catón tienen como objetivo conocer con detalle la anatomía esencial de la cuenca.

Por tal causa, en las fuentes posteriores, no aparece la cinta del río como territorio hostil, desde Dertosa hasta Vareia y Libia. Y es que, tras las acciones de Catón y de sus inmediatos sucesores (culminados en Graco, 179-178), esa parte de Celtiberia es ya territorio sometido, verdadero «limes» romano frente al peligro celtibérico interior. Desde Gracuris y los Castra Aelia y Atiliana se produce su vigilancia y se asientan allí las bases logísticas próximas para el dispositivo militar sobre el que descansará la acción romana en las inmediatas Guerras Celtibéricas. Eso explica la falta de atención de las fuentes historiográficas antiguas, muy atentas a las campañas y poco o nada a las retaguardias, que no son objeto de su épico interés. Ello tiene como consecuencia que, a falta de información arqueológica bastante y en la ausencia de planes sistemáticos y priorizados de excavaciones regionales e interregionales, hayamos de preguntarnos con frecuencia qué pueblos célticos habían dominado tierras de tal alto valor estratégico y económico como el área calagurritana o toda la comarca del Moncayo, cuya densidad urbanística y monetaria es muy alta y temprana, así como grande su influencia a larga distancia sobre pueblos menos adelantados en cultura material (en Jaca acaba de aparecer un oinochoe celtibérico característico). Por el pronto dominio militar

romano en el área de la ribera del Ebro, la zona es aludida, con menciones de pasada (sobre todo, a partir de la victoria de Graco en el Mons Chaunus) que traen a colación episodios singulares y anecdóticos, como los que se refieren a las circunstanciales ocupaciones arévacas de pequeños núcleos en la cercanía de este «limes», tales como Malia y Lagni. Las vías romanas de este territorio son verdaderamente precoces. Y ese temprano triunfo romano nos obliga a seguir en la ignorancia acerca de la situación indígena en la zona de ocupación legionaria.

El grupo de estudiosos turolenses que tan bien ha impulsado F. Burillo ha puesto de relieve cómo en estos años se modifica sustancialmente la geografía interna del territorio del Ebro medio. A la vez que se produce el asentamiento del poder romano, en los dos siglos anteriores a la Era, se reduce en un setenta y cinco por ciento el número de los poblados conocidos: de un centenar, aproximadamente, se pasa a poco más de dos docenas, en un área que va desde el meridiano de Alagón hasta el de Caspe. Y, verosímelmente, se obtendrá similar conclusión si se procede al estudio del área que va desde Alagón hasta el límite de berones y autrigones, cuando menos. Ello cuadra a la perfección con un fenómeno observado anteriormente y en cuya detección me cupo alguna parte: la jerarquización de las cecas, en cuanto a calidad y cantidad de las emisiones. La ocupación romana, pues, supuso un fuerte y visible trastorno en cuanto a la urbanización (en su sentido más fuerte: la ordenación de los territorios en función de núcleos propiamente urbanos) de los pueblos indígenas del área. Ya existía, desde luego, un proceso de ese tipo, como sabemos por observar que ciertas ciudades, emisoras de plata amonedada, hegemonizaban a otras (que acuñaban sólo bronce). Y se aprecia una notable regularidad en este punto: en cada comarca tan sólo existe una ceca argentífera (en el Jalón, la bela Segeda, pero no Bilbilis ni Tierga; más al este, Belligiom, pero no Contrebia Belaisca; en el Moncayo, Turiasu, pero no Bursau; etc.). No parece que sea un fenómeno aleatorio, sino la expresión de que las ciudades del denario articulaban un territorio vasto, en el que existían otras «civitates» políticamente subalternas. Probablemente tenga un profundo significado la existencia de esas cecas de denarios y haya que buscar en ellas el signo de la existencia de unidades políticas más o menos equivalentes a lo que suele llamarse «tribus» en la literatura al uso. Roma potenció esos usos preexistentes a su llegada, preexistencia que se prueba, también, por los casos que narran las fuentes de Complega-Kemelon, en 181 y de Segeda, en 154. Me permito, otra vez, una cita propia: «*No se trata de una gran estructura aldeana ni producida por un movimiento súbito de acarreo, ni de un sinecismo espontáneo, sino de la decisión política de unos gobernantes de controlar un ámbito territorial que se remodela en función de la ciudad misma, exigiendo el proceso una concentración de habitantes y reformas en la estructura urbana. Algo tan serio como para que lo hayan recogido Apiano, Diodoro de Sicilia y Floro y, sobre todo, como para que Roma entendiese que la iniciativa equivalía a una ruptura de hostilidades, por sus implicaciones cualitativas. La anécdota a que*

reducen las fuentes el episodio parece banal a los ojos de un observador actual: una simple modificación en los amurallamientos antiguos no tenía por qué inquietar de esa manera a Roma. Pero la modificación obedecía a un plan más complejo y preocupante, uno de cuyos puntos visibles era, sin duda, la alteración de los amurallamientos para reordenar o ampliar las barriadas, acoger a una población comarcana, etc. Da la impresión de que los romanos percibieron en el plan segedense la intención de crear una fuerte estructura urbana centralizada y articulando unitariamente un territorio hasta entonces más deshilvanado y, por eso, más sencillo de controlar o de vencer por las legiones».

Los celtíberos, en los siglos de la conquista, han de ser arqueológicamente estudiados desde la convicción de que, a pesar de la pervivencia de sus organizaciones basadas en el parentesco, era ya la ciudad, la «civitas», la que dominaba en su organización jurídico-política. Los documentos de hospitalidad lo dejan, a nuestro juicio, bien establecido, porque con frecuencia mencionan directamente a las ciudades, como sujeto u objeto de pacto o como identificación de procedencia: Cortona, Beligiom, Uxama, Contrebia Belaisca, etc., se mencionan directamente y por su nombre para identificar sin error al protagonista celtibérico. Obsérvese que, en esa documentación, los elementos que nunca faltan son el nombre completo del signatario, primero, y el de su ciudad (y no de su «tribu», «etnia», «gentilitas», etc.). Y los escritores antiguos hablan de la lucha contra ciudades singulares, como Segeda, Nertobriga o Numancia.

El trazado de un mapa preciso, pues, conviene que se base en la reconstrucción del territorio de tales «civitates». Luego, casi espontáneamente, el propio mapa resultante nos dirá dónde estuvieron, en ese momento histórico, las fronteras entre «tribus». Los relatos de Apiano y Diodoro para los episodios citados de Malia y Lagni, en la Guerra Numantina, creo yo que pueden servir para determinar con precisión hasta dónde llegaba el área de control romano directo y dónde comenzaba una especie de «hinterland» oscilante. La especie de harmostas o clerucos numantinos que ocuparon Malia (en donde acabaron acuchillados por los malienses) muestran, por una vía distinta, cómo la geografía política se basaba en el mecanismo ciudad.

Las coaliciones de ciudades —que no tienen por qué ser atávicas y ancestrales— hubieron de ser variables, en función de los avatares de la guerra con Roma. ¿Cambió el ámbito territorial de los pueblos que nos interesan al compás de los vaivenes bélicos? Es probable que la influencia arévaca creciera con los inicios del «bellum Numantinum» y que los territorios segedenses fueran, desde el punto de vista político, arévacos desde el 133 a. C. Tales coaliciones se ven con claridad en los informadores antiguos y quedan patentes en los relatos que conciernen a embajadas representativas, algunas a las puertas mismas del Senado de Roma o imposibilitadas de franquear el

pomerio sacro y alojadas, como hostiles, en el Campo de Marte (año 152). Lo que ya no sabemos bien es si, aun sobre una base de tipo étnico, esto que tan a menudo hemos llamado «tribus» tenían el carácter de confederaciones, de ligas o simaquías o de otra clase. Se percibe solidaridad eficaz entre estos pueblos en favor de los arévacos, pero ninguna cuando el agredido es el pueblo vacceo, por ejemplo. Parece, pues, que los celtíberos se reconocían, en el modo que fuese, como una unidad, no sabemos de qué grado y con qué operatividad. Pero había, en efecto, alguna: las ayudas a numantinos, a segedenses y a nertobrigenses son expresivas. Y, además, está el hecho geo-lingüístico, tan excelentemente descubierto por María Lourdes Albertos, de esa «Celtiberia onomástica» bien delimitada, que indica una cohesión nada desdeñable.

En fin: *«Los celtíberos, inicialmente, debían de haber protagonizado coaliciones muy amplias, aprovechando, quizá, esa especie de "continuum" cultural céltico en el que podemos incluir a suessetanos, herones y pueblos más al este y al norte del Ebro (acaso a determinadas stirpes ilergetes: suele omitirse que Varrón, el mismo que venció a los suesetanos, se enfrentó con los celtíberos, según Livio, en el "ager Ausetanorum"). Pero la resistencia quedó, por último, focalizada en Numancia. Desde el año 140, las fuentes ya no mencionan a titos y belos. La retaguardia legionaria está bien asentada y ello significa que el Ebro y el Jalón, con el Moncayo incluido, no son un problema militar serio. Roma había establecido una frontera interior en Celtiberia. En cambio, en los territorios al margen de esta "tercera Celtiberia" romana, los problemas subsistieron y la independencia de sus gentes se prolongó, bastante más allá, incluso, de la caída de Numancia: celtíberos solos —y no romanos— son quienes detienen la invasión germánica de fines del siglo II, quienes luchan con Didio a comienzos de los 90 en la zona de Termes-Colenda y aún contra Valerio Flacco en Belgeda, antes de finalizar la centuria.*

Esa "Celtiberia romana", muestra de la simbiosis impuesta por las circunstancias a indígenas y romanos, es antigua. Ya en el 179 se atestigua la leva entre celtíberos para formar como tropas auxiliares legionarias. En el año 146, los aliados belos y titos contribuyeron con un nutrido contingente de cinco mil combatientes a crecer las tropas que Didio llevó a luchar contra Viriato. Mario mismo, en el 102, volvió a emplear "auxilia" celtibéricos contra los lusitanos. Las unidades militares romanas del Imperio apenas registran etnónimos de la zona (a diferencia de lo que pasa con vascones o cántabros y astures), de modo que sólo conocemos un ala de jinetes arévacos (ulteriores, por lo tanto) y una cohorte genéricamente denominada "de celtíberos" (y en la que, por eso, pudo haber arévacos también, ya que no se llama de belos o de titos o lusones. Estos últimos habrían dejado hacia mucho tiempo de ser "peregrini", adquiriendo el derecho a militar en las legiones).»

Zaragoza, Diciembre de 1989

BIBLIOGRAFIA

- En general, véanse J. Maluquer (dir.): *IV Symposio de Prehistoria Peninsular*, Pamplona, 1966; J. de Hoz (dir.): *IV Coloquio Internacional de Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Vitoria, 1988, y el reciente y sintético M. J. Peréz: *Los Vascones*, Pamplona, 1986. Es de obligada referencia la síntesis encomendada a M. Almagro Gorbea en la *Historia de España* de Ed. Gredos y, aparecido en diciembre de 1989, el libro de varios autores (Fatás, Blasco, Martín Bueno, Burillo, Marco y F. Beltrán): *Los celtas en el Valle medio del Ebro*, ed. CAI, Zaragoza. De la ingente bibliografía sobre el asunto destacamos los siguientes trabajos que, en general, actualizan otros anteriores y resumen mucho de lo escrito:
- M. L. Albertos 1979. La onomástica de Celtiberia, *II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la P. I.*, Salamanca, 131 ss.
- I. M. Barandiarán 1978. Los pueblos vascos, *II Coloquio internacional de Arqueología*, Puigcerdá, 225-229.
- F. Beltrán 1986. Sobre la función de la moneda ibérica.... *Homenaje A. Beltrán*, Zaragoza, 889-914.
- M. Beltrán 1976. Las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel), Zaragoza, y el fundamental Introducción a las bases arqueológicas del Valle medio del río Ebro en relación con la etapa prerromana, *Hom. a A. Beltrán*, cit., 495-525.
- J. M. Blázquez 1966. «Los vascos y sus vecinos en las fuentes literarias... de la antigüedad», *IV Symposio de Prehistoria Peninsular*, Pamplona, 177-202.
- P. Bosch Gimpera 1964. Arqueología y Lingüística en el problema de los orígenes vascos. *Homenaje a Don J. M. de Barandiarán*, I, 97-120.
- F. Burillo 1987. Sobre el territorio de los lusones, belos y titos... *Hom. A. Beltrán*, cit., 529-549 y Aproximación diacrónica a las ciudades antiguas del valle medio del Ebro, Teruel, 1987.
- A. Capablo 1987. El léxico pliniano sobre Hispania, *Caesaraugusta* 63, 49-69.
- J. Caro Baroja 1985. *Los vascones y sus vecinos*, San Sebastián.
- M. Crawford 1985. *Roman Republican Coinage*. Londres.
- G. Fatás 1988. Notas sobre el territorio vascón en la Edad antigua, *IV Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Vitoria, 1988.
- 1981-1987. Romanos y celtíberos citeriores en el siglo I a. C., *Caesaraugusta*, 53-54, Zaragoza, 195-234, y Notes sobre els ilergetes occidentals, *Fonaments*, Barcelona.
- J. Gorrochategui 1984. *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Vitoria.
- J. de Hoz 1986. La epigrafía celtibérica, *Epigrafía hispánica de época romano republicana*, Zaragoza, 43-102.
- 1981. El euskera y las lenguas vecinas antes de la romanización, *Euskal Linguistika eta Literatura*. Bide berriak, Bilbao, 27-56.
- E. Junyent 1980. Problemática general de la iberización en la Cataluña centro-occidental, *Los orígenes del mundo ibérico*, Barcelona, 177-185.
- R. Knapp 1977-1979. *Aspects of the Roman Experience in Iberia, 206-100 B. C.*, Valladolid, y Celtiberian conflict with Rome: policy and coinage, *II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la P. I.*, Salamanca, 465 ss.
- M. Koch 1979. Die Keltiberer und ihr historischer Kontext, *II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la P. I.*, Salamanca.
- F. Leach 1975. *La expansión demográfica de la España húmeda*, Berceo, 89.
- M. A. Magallón 1987. *La red viaria romana en Aragón*, Zaragoza.
- J. Maluquer de Motes 1958. *Cortes de Navarra. Estudio crítico II*, Pamplona.
- F. Marco y V. Baldellou 1976. El monumento ibérico de Binéfar, *Pyrenae* 12, Barcelona, 91-115.
- F. Marco 1987. El dios céltico Lug y el santuario de Peñalba de Villastar, *Hom. a A. Beltrán*, cit., 731 ss. y La religión de los celtíberos, *Symposio sobre los Celtíberos (Daroca, 1986)*, Zaragoza (en prensa).
- L. Michelena 1985. *Lengua e Historia*. Madrid.
- A. Montenegro 1972. *Historia de España. Edad Antigua I*, Madrid.
- M. Pellicer 1984. La problemática del Bronce Final-Hierro del N. E. hispano: elementos de sustrato, *Scripta... F. Jordá oblata*, Salamanca, 399-430.
- J. M. Roldán 1986. Los reclutamientos romanos en el valle del Ebro en época republicana, *Homenaje a A. Beltrán*, Zaragoza, 761-779.
- J. I. Royo 1984. Hábitat y territorio durante la I Edad del Hierro en el valle de la Huecha (Zaragoza), *Arqueología Espacial* 4, Teruel, 65-76.
- G. Ruiz Zapatero y V. M. Fernández 1984. Patrones de asentamiento en el Bajo Aragón protohistórico, *Arqueología Espacial* 4, Teruel, 43-64.
- G. Ruiz Zapatero 1984. El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización. Dos casos de estudio: el Bajo Aragón y la Cataluña interior, *Kalathos* 3-4, Teruel, 51-70.
- M. Salinas 1986. *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.
- E. Sanmartí 1984. Observaciones acerca del poblado ibérico de San Antonio de Calaceite..., *Arqueología Espacial* 4, Teruel, 161-167.
- J. J. Sayas 1984. El poblamiento romano en el área de los vascones, *Veleia*, I, Vitoria, 289-310.
- A. C. Sánchez y M. Unzu 1985. *Prehistoria y Edad del Hierro en Navarra*, Pamplona.
- G. Sopena 1987. *Dioses, ética y ritos*, Zaragoza.
- A. Tovar 1959. *El euskera y sus parientes*, Madrid.
- J. Untermann 1975-1980. *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, I y II, Wiesbaden.
- M. A. Villacampa 1980. *Los berones según las fuentes escritas*, Logroño.